

Explicación bíblica de las lecturas de todos los domingos y fiestas

Joan Ferrer, biblista

Triduo Pascual

Del 2 al 4 de abril de 2026

Pascua

Del 5 de abril al 24 de mayo de 2026

Ciclo A

1 lectura: **Éxodo 12,1-8.11-14** Prescripciones sobre la cena pascual.

La última cena de Jesús con sus discípulos antes de su muerte se sitúa en contexto pascual. La lectura del Éxodo da las instrucciones para la celebración de esta cena. Se trata de las normas litúrgicas, de carácter sacerdotal, para la celebración de esta fiesta, con gran solemnidad y precisión.

Esta fiesta marca un punto de partida en la vida de Israel. Es como si la vida empezara de nuevo en este momento de recuerdo y recreación. El centro es el cordero, que es una comida cara. Si la familia es demasiado pequeña tiene que ser compartido. Ha de ser un animal sin tara, digno de la función santa que debe hacer. El cordero provee de sangre para pintar el marco de las puertas.

En la memoria comunitaria, la comida en común cobra un nuevo significado: no es una comida ordinaria y, por tanto, no se ha de comer de forma ordinaria. Hay que comerlo equipados para el viaje, con sentido de urgencia, como si fuera el momento antes de la salida del Éxodo. En cada generación, todos se han de sentir como participantes del drama de haber salido de Egipto. Ha de ser una comida de provisión para el largo y difícil camino hacia la novedad.

La Pascua es memoria de la obra de Dios que da libertad a un pueblo de esclavos, se convertirá en su pueblo de Israel. Aquí Dios se muestra como el Señor de la libertad y la justicia.

2 lectura: **1 Corintios 11,23-26** Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor.

Pablo transmite, a los cristianos de Corinto, una tradición que él ya ha recibido. La tradición contiene las palabras –muy sencillas– que conectan el hecho común de compartir pan y vino con la muerte de Jesús y su significación para la humanidad. El pan tiene el sentido del cuerpo de Jesús, roto por la muerte; la copa es la sangre de Jesús derramada en la muerte. A través de esta muerte llega una nueva alianza, y a través de la participación en la comida se hace actual el recuerdo o memorial de Jesús. La Cena del Señor se encuentra en el núcleo vital de la memoria de Jesús en la Iglesia.

La última fase ya no es de la tradición, sino que es la interpretación que hace Pablo. Cada vez que se celebra, la Eucaristía es un acto de proclamación del evangelio de Jesucristo: «La muerte del Señor, hasta que vuelva». No hay que perder de vista que la vida y la celebración de la Iglesia se encuentra siempre en un contexto escatológico: hasta la vuelta del Señor. La Iglesia proclama la muerte de su Señor en el marco de una esperanza confiada en que él vendrá de nuevo en el triunfo final de Dios.

Pablo recuerda la debilidad de Jesús, siempre fiel a Dios, hasta aceptar la

muerte. El apóstol insiste en el hecho de que la Iglesia vive en la tensión entre la

muerte del Señor y el último triunfo de la resurrección.

3lectura: Juan 13,1-5 Los amó hasta el extremo.

El lavatorio de pies que Jesús hace a sus discípulos solo se encuentra en el evangelio según Juan. Es especialmente singular el hecho de que en el relato evangélico de Juan esta acción ocupa el lugar de la institución de la Cena. Haciendo esto ya nos ofrece una interpretación de la muerte de Jesús, de manera equivalente a las palabras de la institución de la Eucaristía que encontramos en los evangelios sinópticos.

El lavatorio de pies es un comentario dramático de la muerte de Jesús. El contexto joánico es muy significativo: él sabe que la hora de la partida ya ha llegado, ama a los discípulos hasta el extremo y anticipa el retorno hacia el Padre.

Notemos la insistencia en el hecho de que Jesús se quita el manto y se ciñe una toalla, y que después se vuelve a poner el manto. Es una referencia al buen pastor que da la vida para recuperarla.

El diálogo con Pedro ocupa la mayor parte de la narración y nos ofrece la explicación esencial de la acción de Jesús. Pedro no lo entiende; Jesús no lo riñe, simplemente le dice que «más tarde» lo entenderá. Este «más tarde» hace referencia a la muerte y la resurrección del Señor. Jesús le dice que la única manera de pertenecer a Jesús es a través de la recepción de su lavatorio, es decir, permitirle hacer lo que ha venido

a hacer. Parece que Pedro prefiere otro tipo de Salvador: uno que para ir a Dios pase por otro camino que no sea el de la cruz. Seguro que Pedro habría preferido lavar él los pies a Jesús más que el Señor se los lave a él. Sin embargo Jesús es taxativo e incluso amenazador. Solo con gran resistencia deja hacer a un Señor que sirve.

Las palabras de Jesús a Pedro –«Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies»– probablemente significan que la muerte humillante de Jesús es suficiente para dar una total purificación.

Después de contemplar esta escena, ya podemos entender que el lavatorio es un drama de lo que los seguidores de Jesús debemos ser y hacer. El Señor nos ha dado un ejemplo radical que hay que seguir, que va mucho más allá de la amabilidad con los vecinos o del dinero dado para una causa noble.

El Maestro y Señor hace esto: la autoridad es redefinida como servicio, con «toalla y jofaina». La Iglesia es la comunidad purificada por la muerte de Jesús, donde el Señor ocupa el papel del esclavo. El amor no son solo los buenos sentimientos, sino que «lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

JOAN FERRER

1 lectura: Isaías 52,13–53,12

Él fue traspasado por nuestras rebeliones.

Este poema famoso de Isaías es muy oscuro. Todo son alusiones y no podemos saber en qué contexto de la historia del pueblo de Israel hay que situarlo originariamente. Por esto, la Iglesia siempre lo ha leído como una alusión a los sufrimientos y a la muerte de Jesús, como acontecimiento salvador querido por Dios.

El texto empieza con una proclamación triunfante que, al continuar la lectura del poema, nos deja atónitos, ya que parece la antítesis del optimista versículo inicial. Este hombre es abusivamente maltratado, pero la voz profética dice que el siervo «tendrá éxito, subirá y crecerá mucho».

Es una persona desfigurada, que causa repulsión a los demás. Nadie espera nada de él, pero «soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores..., sus

catrices nos curaron..., el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes». Este texto es un momento culminante de todas las Sagradas Escrituras. Estamos tan acostumbrados a él que casi no nos damos cuenta del carácter revolucionario que tiene: esta persona tan desgraciada cargaba con *nuestros* sufrimientos, de manera que en *sus* sufrimientos *nosotros* hemos sido curados, perdonados y transformados.

En este día santo, este poema ayuda a la Iglesia a discernir lo que Jesús ha hecho y hace: su entrada en el mal y en la culpa del mundo ha cambiado totalmente al mundo. Este poema y su concreción evangélica en la cruz piden el silencio abrumado ante un misterio que es demasiado profundo para la especulación o la explicación.

2 lectura: Hebreos 4,14-16: 5,7-9

Aprendió a obedecer y se ha convertido en autor de salvación.

La carta a los Hebreos sorprende por la cristología tan elevada que manifiesta: Jesús es el heredero de todas las cosas, agente de la creación y superior a los ángeles de Dios. La carta nos habla de un Jesús exaltado que, sin embargo, es capaz «de compadecerse de nuestras debilidades». Este Jesús suplicaba a Dios «a gritos y con lágrimas». En el contexto del Viernes Santo esto es una

referencia muy clara a la agonía de Jesús en la cruz. El sacerdocio de Jesús manifiesta una profunda comunión con la angustia humana.

La obediencia de Jesús a la voluntad de Dios no solo ha significado el inicio del perdón de los pecados, sino de la salvación eterna para la humanidad. Hay que señalar que el sacerdocio de Jesús no proviene de la cantidad de sus sufri-

mientos, sino de Dios y de la obediencia del mismo Jesús.

Los creyentes hemos de mantener «la confesión de la fe» en la confianza

3lectura: Juan 18,1–19,42 Pasión de nuestro Señor Jesucristo.

La narración joánica del arresto, juicios, crucifixión y sepultura de Jesús consta de muchas escenas. El conjunto es de una gran sutileza, que causa un fuerte impacto. La narración presenta un retrato de Jesús como rey de los judíos que tiene un profundo dominio de su propio destino. Todo sucede en presencia de las autoridades religiosas que pierden la fe y de los oficiales del gobierno que pierden el poder.

El comportamiento de las autoridades religiosas es ridículo: el gobernador sale a hablarles fuera del edificio pagano, pero entra para hablar con Jesús. Esta gente religiosa tiene interés por mantener la pureza ritual para comer el cordero pascual al mismo tiempo que preparan la muerte del Cordero de Dios.

Todo el texto está lleno de ironías. Así, cuando Pilato presenta a Jesús a los judíos les dice: «¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?». Ellos responden más tarde diciendo: «No tenemos más rey que al César». Estas personas, en la liturgia de la Pascua que preparaban, estaban a punto de recitar que su único rey es Dios y aquí, para rechazar a Jesús, han tenido que rechazar al mismo Dios. Aquí, involuntariamente, han testificado que Jesús y el Padre son uno.

cierta de que Dios se compadecerá de nosotros, nos acogerá y nos concederá el auxilio que necesitamos.

Pilato es otro protagonista de la narración. El lector tiene la sensación de que es el gobernador, que representa el poder de la autoridad política, quien es sometido a juicio, más que Jesús. Jesús formula preguntas pertinentes: «¿Dices esto por tu cuenta?», que llevan a Pilato a reconocer su realeza: «Conque, ¿tú eres rey?». A medida que la acción avanza queda bien claro que Pilato no tiene ninguna clase de poder, ya que la fuerza se encuentra en manos de las autoridades religiosas.

En realidad, sin embargo, no son ni Pilato ni las autoridades religiosas las que poseen el poder del juicio y la crucifixión, ya que los detalles que se van produciendo son explicados a la luz de las Sagradas Escrituras. El objetivo es recordarnos que todo lo que ocurre forma parte del plan, más grande, de Dios. En el momento culminante de su muerte, Jesús no pronuncia unas palabras de aflicción o de abandono, sino de cumplimiento: «Está cumplido». La historia que ha llegado a cumplimiento es el plan salvífico de Dios.

JOAN FERRER
*Decano de la Facultad de Letras de la
Universidad de Gerona y profesor de
Sagrada Escritura del Instituto Superior
de Ciencias Religiosas de Gerona*

1 lectura: Génesis 1,1–2,2 Vio Dios todo lo que había hecho; y era muy bueno.

La meditación de la Vigilia Pascual empieza con la proclamación de las páginas iniciales de la Sagrada Escritura. El gran poema de la creación no es un reportaje de los momentos del inicio absoluto de todo –esto sería inconcebible: no hay nadie que pueda «filmarse» la obra creadora de Dios–, sino una alabanza fiel y agradecida a Dios, que ha dado origen a todas las cosas y, por encima de todo, a las personas –hombre y mujer–, que causan la proclamación de admiración del mismo Dios: «Y era muy bueno».

La proclamación de este poema, estructurado a lo largo de una semana litúrgica que culmina con el séptimo día, el día de reposo de Dios, lleva a la contemplación de una historia que, desde su mismo inicio, es historia de la salvación, del encuentro de Dios con la humanidad que él mismo, de forma libre y soberana, ha creado. La Creación es donación de Dios, que así podrá ser conocido por los humanos, que somos imagen –la única imagen posible– de Dios.

Lectura del Apóstol: Romanos 6,3-11 Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más.

Este texto es el único de la carta de Pablo a los Romanos que cita al bautismo. La referencia, no obstante, es esencial, ya que Pablo ve que el bautismo incorpora a los creyentes a Cristo y los une al Señor.

El bautismo conecta la vida del creyente con la de Jesús, por esto nos conecta también con la muerte de Jesús. La muerte de los creyentes, sin embargo, no es física, sino que es la muerte de «nuestra vieja condición», una muerte al pecado. Por lo tanto, así como la muerte no puede tener poder sobre Cristo, el pecado tampoco tiene poder sobre la vida del creyente. La persona de fe, pues, ha sido movida de un espacio de poder a otro. El bautismo origina un real y concreto cambio de situación: ya

no nos encontramos en territorio del pecado, sino en el de la gracia, el de Jesucristo. Por lo tanto, ya que nadie puede estar a la vez en dos territorios, somos posesión de Jesús.

El bautismo nos incorpora también a la resurrección de Jesús, aunque en un momento futuro: «Viviremos con él». El bautismo es una inauguración a una vida nueva o renovada. Los creyentes aún no han resucitado, pero están «vivos para Dios en Cristo Jesús». Los creyentes, sacados del territorio del poder del pecado, ahora viven en un territorio espiritual que pertenece a Dios.

En el contexto de la reflexión sobre la muerte y la resurrección con Cristo, Pablo se refiere a la esclavitud y a la li-

bertad. Quien ha sido crucificado en el bautismo ya no se encuentra esclavizado al pecado, sino que ha sido liberado del pecado. La libertad a veces suele ser entendida como una especie de licencia para hacer lo que se quiera, pero Pablo

entiende otras cosas: para él la libertad es respecto al poder del pecado y para la obediencia al evangelio que Dios ha proclamado en Jesús, es decir, para la vida genuina y para el servicio.

Evangelio: Mateo 28,1-10

Ha resucitado y va por delante de vosotros a Galilea.

El evangelio de la resurrección nos sitúa ante el inicio de una nueva creación. El sábado, el día del reposo de la obra creadora de Dios, se nos dice que ya ha pasado. Despunta el alba del primer día, el de la nueva creación. En escena dos mujeres, que son la imagen perfecta de la persona cristiana: aquella que sigue a Jesús hasta el final, hasta el pie de la cruz. Los seguidores hombres se habían asustado y habían abandonado a Jesús en el momento de su detención. Pedro lo había seguido a escondidas, y acabó renegando de él al ser descubierto por los criados en el patio de la casa del sumo sacerdote. Las mujeres han sido las únicas personas fieles. Pero ahora, que parece que todo ha acabado en un terrible fracaso, van a ver un sepulcro.

Allí se produce un hecho sorprendente: un prodigio que indica que se ha producido una intervención de Dios. Para identificarlo, no obstante, se precisa una revelación de Dios a través de su mensajero, el ángel.

Las precauciones de los hombres –los centinelas– son inútiles ante la acción de Dios que reivindica a Jesús, su Hijo, muerto en la cruz.

Señalar que el ángel se refiere a Jesús

como «el crucificado». Es él, el que ha entregado su vida en el suplicio de la cruz, el que ahora «ha resucitado». La obra de Dios en la resurrección es el triunfo de la vida y del Evangelio. Las cosas no se han movido por el plan perverso de las autoridades religiosas judías y del poder del imperio romano, sino porque el plan de Dios se ha cumplido: «Como había dicho».

La revelación de la resurrección comporta una misión: «Va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis». Las mujeres se convierten en evangelistas: «Se marcharon a toda prisa del sepulcro... a anunciarlo a los discípulos».

En la tarea de anunciar la resurrección, las mujeres se encuentran con el Señor resucitado: «Ellas se acercaron, se prostraron ante él y le abrazaron los pies».

Pascua no es quedarse quieto en el sepulcro, sino una fuerza impetuosa que empuja hacia Galilea. Allí donde empezó el anuncio del reino es donde hay que volver a ver al Señor: «Allí me verán». Aquello que no fue concedido a Moisés –ver la cara de Dios– ahora es un don para las mujeres, seguidoras fieles de Jesús, y una promesa para todos.

JOAN FERRER

1 lectura: Hechos de los Apóstoles 10,34a.37-43

Hemos comido y bebido con él después de su resurrección.

La celebración de la Pascua es el centro del año cristiano. Los textos que leemos desde ahora hasta Pentecostés, como primera lectura, pertenecen al libro de los Hechos de los Apóstoles. Son expresión de la proclamación de la Iglesia de los orígenes del núcleo del Evangelio y de la obra del Espíritu Santo, que actúa en la vida de las mujeres y de los hombres que responden a esta proclamación.

La muerte y la resurrección de Jesucristo son presentados como actos de gracia de Dios, a través de los cuales los hombres y las mujeres son salvados y reconciliados con Dios y los unos con los otros. Estos textos son como microevangelios: contienen el núcleo de la programación de la buena nueva de Dios centrada en el anuncio del Reino, la pasión, la muerte y la resurrección de Jesús.

El fragmento que hoy proclamamos pertenece al sermón de Pedro dirigido al centurión romano Cornelio. El hecho de que el destinatario sea un romano no es marginal, considerando el interés del libro de los Hechos por acentuar la universalidad del Evangelio.

La síntesis del mensaje que presenta es la siguiente: Jesús, que había recibido el poder de Dios, vivió haciendo muchas obras buenas, para quebrantar el poder del diablo. El final de esta vida buena fue la ejecución de Jesús, pero Dios no permitió que este mal triunfara, sino que resucitó a Jesús de entre los muertos y mostró la resurrección a los que él había escogido como testigos. Estos comieron y bebieron con él –notar las referencias a la Eucaristía– y han recibido la responsabilidad de esparcir el mensaje sobre la resurrección de Jesús.

2 lectura: Colosenses 3,1-4

Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo.

La Pascua no es la celebración de la renovación regular de la vida cada primavera, sino la celebración de la fidelidad de Dios, cuyas promesas son seguras. La importancia de la resurrección de Jesús es fundamental para la fe cristiana, porque es en la resurrección de Jesús donde vemos la culminación del poder de Dios.

La resurrección de Jesús garantiza el poder y la fidelidad de Dios no solo al

mismo Jesús, sino a cada ser humano. Jesús es el primer fruto de la cosecha que llevará al triunfo final de Dios y a la vida eterna del pueblo de Dios. En este fragmento de la carta a los Colosenses, la resurrección adquiere consecuencias éticas debido a la vinculación que existe entre los creyentes y la resurrección: «Aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra».

Nuestro texto afirma que cada creyente ya participa de la resurrección, aunque aún nos espera una revelación de la futura gloria de Cristo, y esta revelación también contendrá la gloria de los creyentes.

La identificación entre los creyentes y Cristo resucitado no es un motivo de gloria para el creyente, sino que da fuerza al creyente para vivir de una manera determinada: la que lleva a vivir con la mentalidad y los sentimientos conformes a la vida de Cristo.

3lectura: Juan 20,1-9 Él había de resucitar de entre los muertos.

En el corazón de este evangelio de Pascua está la aparición de Jesús a María Magdalena. Ella podrá decir: «He visto al Señor».

La narración explica la historia maravillosa de una mujer que busca y que queda sorprendida por lo que encuentra, que posteriormente —en el fragmento que viene a continuación del evangelio de hoy— será quien la encuentra y quien pronuncia su nombre.

Señalemos que María se va al sepulcro donde había estado depositado el cuerpo de Jesús al anochecer del Viernes. Es domingo. El reposo del sábado ya ha pasado. Su preocupación es el cuerpo de Jesús. Se encuentra con la tumba abierta, y esto no la empuja a la fe sino que aumenta su inquietud sobre lo que puede haber ocurrido con el cuerpo muerto de Jesús. ¿Quién se lo puede haber llevado del sepulcro?

Ella posiblemente iba al sepulcro a llorar. ¿Qué hay que hacer para acostumbrarse a la ausencia de una persona profundamente amada? La piedra re-

movida solo es capaz de suscitar miedo y angustia. Su pensamiento llega a la conclusión de que alguien ha robado el cuerpo de Jesús. ¿Qué otra cosa podría haber ocurrido? ¡Los cuerpos muertos no desaparecen!

En apariencia los dos discípulos comparten la angustia de María. Van a ver la situación por sí mismos y confirman lo que ha dicho la mujer.

«El otro discípulo», nos dice el texto, «vio y creyó». ¿Qué creyó? El texto no lo dice. Ciertamente, su experiencia de Jesús resucitado viene más tarde. Lo que parece que creyó es la noticia que les había dado María de que el sepulcro, efectivamente, estaba vacío.

Para entender que «Jesús había de resucitar de entre los muertos» se precisa una revelación, es necesario —como indica el texto de Juan unos versículos más adelante— que el Resucitado te llame por el nombre.

JOAN FERRER

1 lectura: Hechos de los Apóstoles 2,42-47

Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común.

Este fragmento del libro de los Hechos de los apóstoles es un sumario de la vida de la joven Iglesia. El énfasis está puesto en la Eucaristía: dos veces repite la expresión «la fracción del pan». Las actividades fundamentales de la vida de la nueva Iglesia, además del pan partido, son las enseñanzas de los apóstoles y las oraciones que la comunidad ofrecía a Dios.

Señalar que el culto de los primeros momentos lo ofrecían en el templo: con esto reafirmaban el sentido de vivir en continuidad con el marco de la fe de Israel, que celebraba la historia salvífica que se había desplegado a lo largo de los siglos; y además, en casa, ofrecían alabanzas a Dios y celebraban la Eucaristía. Es un culto de acción de gracias y de alegría. La comunidad cristiana de los orígenes ha aceptado la historia antigua, pero también ha abrazado la novedad absoluta que Dios ha revelado

en Jesús Mesías. La vida transformada que han aceptado se expresa en la adoración y en las buenas relaciones con los vecinos.

El sentido de «respeto» –que es el temor o la veneración del Señor– llena la vida de los creyentes. Se trata de la apreciación de la capacidad de Dios de cambiar la vida humana por caminos decisivos. Los «prodigios y signos» son para recordar el sentido de inmediatez del poder transformador de la vida obrado por el Espíritu de Dios que poseían los primeros cristianos.

La vida y los bienes en común finalmente no acabaron prosperando (recordemos la historia de Ananías y Safira de Hechos 5), pero el amor de Dios desbordante que experimentaban los llevaba a expresar, en los bienes compartidos, el afecto que se tenían como don del Espíritu.

2 lectura: 1 Pe 1,3-9

Jesucristo nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva.

«No lo veis, y creéis en él». El autor de la primera carta de Pedro habla a los «peregrinos de la diáspora» que no han llegado a la fe a través de su experiencia de contacto con Jesús durante su ministerio, sino que la fe les ha llegado como respuesta a la proclamación sobre Jesús. Lo que está en juego aquí no es lo que

la resurrección implica sobre Jesús sino lo que realiza en las personas: un nuevo nacimiento, una herencia y la salvación.

La audiencia de 1 Pedro estaba formada por personas que nunca habían visto a Jesús, pero su fe les había hecho cambiar la vida hasta tal punto que el autor puede decir que «nos ha hecho nacer

de nuevo». La primera consecuencia de esta realidad es que los renacidos por causa de la fe poseen una «esperanza viva». Esta esperanza está «viva» porque proviene de la resurrección de Jesús de entre los muertos. La resurrección trae vida a Jesús y novedad de vida para la humanidad.

La nueva vida es también «una herencia incorruptible», «que os está reservada en el cielo». Se refiere, por tanto, a una realidad futura. Nada la puede estropear, porque proviene de la fuerza de la

3lectura: Juan 20,19-31 A los ocho días, llegó Jesús.

El evangelio según Juan presenta una perspectiva diferente de la que aparece en la obra de Lucas (Evangelio y Hechos). En Juan, la secuencia resurrección-ascensión-pentecostés, en cierto sentido, se funde. Así Jesús resucitado dice a María: «Subo al Padre» (Juan 20,17) y seguidamente se aparece a los discípulos, que estaban «en una casa, con las puertas cerradas», y les dice: «Recibid el Espíritu Santo».

El fragmento evangélico de hoy presenta dos apariciones paralelas: la aparición es en domingo —el primer día de la semana—, en casa, y Jesús saluda con las mismas palabras.

La primera aparición describe el nacimiento de la Iglesia: hay un grupo de discípulos; la presencia del Crucificado, que ahora es el Resucitado; el envío al mundo; el don del Espíritu Santo, el mensaje del perdón de los pecados. El texto evangélico remarca la continuidad entre Jesús y la Iglesia: de la misma ma-

vida nueva recibida por la resurrección.

Los creyentes pueden tener que pasar pruebas, pero el futuro revelará la salvación. Señalemos que «vuestra propia salvación» no significa que afecte solo a alguna parte abstracta del ser humano, sino al mismo núcleo de la vida. La esperanza cristiana dice que la salvación llena de fuerza la vida en el presente y que la hace cambiar cualitativamente, de tal manera que la salvación puede ser pensada como una realidad presente y a la vez futura.

nera que Jesús es enviado por el Padre con una misión, asimismo la Iglesia es enviada por Jesús con una misión; como Jesús ha sido portador del Espíritu, así la Iglesia también lo es. La comunidad cristiana encuentra su modelo y mandato en el mismo Jesús. La Iglesia es una realidad completamente diferente a cualquier otro grupo social: tiene un origen divino y descubre su razón de ser no en sus aparentes éxitos o fracasos, sino en la llamada y el encargo de Jesús.

La segunda aparición hace una referencia a la fe. La incredulidad de Tomás se convierte en una profunda confesión de fe. La escena final contiene una bendición para los que creen sin la experiencia de confirmación que ha tenido Tomás. Los que creen porque han escuchado el evangelio no son menos que Tomás ni que los que vieron y tocaron al Resucitado.

JOAN FERRER

1 lectura: Hechos de los Apóstoles 2,14.22-33

No era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio.

El texto del discurso de Pedro del día de Pentecostés que proclamamos hoy está centrado en la resurrección de Jesús, enfatizada desde diferentes ángulos.

En primer lugar es proclamado el núcleo central de la fe: Jesús, a pesar de haber realizado las obras prodigiosas de Dios, fue asesinado por gente mala, pero Dios lo resucitó de la muerte. El contraste es abrumador: Jesús realizó las obras buenas de Dios, y los que lo crucificaron solo obraron el mal. Nada en la muerte de Jesús fue merecido. Ocurrió solo como resultado del pecado humano.

Otro hecho fundamental es que «Dios lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte; no era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio». La resurrección es un hecho inevitable: Dios actúa soberanamente, como cuando da la orden de la Creación: ya que Dios es como es, solo podía actuar así.

El fragmento de los Hechos remarca la continuada actividad de Dios: es Dios quien realiza, a través de Jesús, «milagros, signos y prodigios» y es Dios quien resucita a Jesús de la muerte. Jesús no es un simple hombre bueno ni un supermán que ha engañado a la muerte. Dios es el poder de todo lo que Jesús hizo por los otros y Dios es la fuerza que está detrás de la resurrección.

La Pascua es la celebración de la vulnerabilidad de Dios –que está abierto a las necesidades de los hombres pecadores– y del poder de Dios que se ha querido encontrar con los necesitados. La vulnerabilidad de Dios se manifiesta cuando Jesús muere «por mano de paganos», y el poder de Dios se hace evidente en la resurrección. La vulnerabilidad de Dios es una consecuencia inmediata de nuestra debilidad y mortalidad –si no fuera así, Dios sería distante e inabarcable–; su poder es nuestra salvación.

2 lectura: 1 Pedro 1,17-21

Os rescataron a precio de la sangre de Cristo, el Cordero sin defecto.

El autor de la primera carta de Pedro advierte seriamente a sus lectores: «Tomad en serio vuestro proceder en esta vida». Esta actitud de temor es apropiada para los que han tomado conciencia de la acción de Dios en el mundo, que «juzga», «sin parcialidad». Nuestros Dios, por tanto, es una persona en

quien se puede confiar. Además, Dios ya ha actuado al salvar, a las personas, de «ese proceder inútil», ha resucitado a Jesús de la muerte y nos ha dado razones para confiar. Este Dios merece reverencia.

Posiblemente los destinatarios de la carta –«los peregrinos de la diáspora»

(1Pe 1,1)– debían ser gente marginal y quizá menospreciada. Las consideraciones que les hace el autor son fundamentales para ofrecerles confianza y esperanza: «os recataron», «habéis

puesto en Dios vuestra fe y vuestra esperanza». Dios ya ha actuado a su favor, y saber esto es una garantía fundamental para los desplazados y desposeídos.

3lectura: Lucas 24,13-35 Lo reconocieron al partir el pan.

La historia del viaje de Jesús con los dos discípulos que iban a Emaús es magistral. Con gran habilidad recapitula la narración que Lucas ha desplegado a lo largo del Evangelio y reúne muchos de los grandes temas de la buena nueva, como la autorrevelación del Mesías resucitado a través de la interpretación de las Escrituras y de la fracción del pan. En síntesis el evangelio de Emaús nos explica cómo la Iglesia se encuentra con Jesús y aprende a verlo como a alguien que no es un simple compañero de viaje.

La narración nos muestra cómo la incredulidad se puede desvanecer y cómo los discípulos muy comprometidos son capaces de ir más allá de la tradición sobre Jesús y llegar a un conocimiento personal. La historia nos explica lo que ocurre cuando nos movemos de la falta de visión a la visión, de la incredulidad a la confesión, de la tristeza al júbilo.

Hay dos acciones de Jesús que llevan a Cleofás y a su amigo a reconocerlo. En primer lugar, Jesús les interpreta las Sagradas Escrituras. Ellos ya saben la historia de la tumba vacía, de las muje-

res y de los discípulos, pero esto no ha sido suficiente. La tradición ha de ser leída a través del enfoque de las Escrituras. En la muerte y la resurrección de Jesús, la larga historia del propósito de Dios para con Israel encuentra la culminación. La resurrección no es simplemente el milagro de un cadáver vuelto a la vida. En la resurrección el plan y el proyecto de Dios se cumplen.

Jesús es el intérprete que enseña a la Iglesia cómo hay que leer las Escrituras y cómo hay que discernir las intenciones de Dios. Solo a la luz de la Pascua toda la historia cobra sentido.

En segundo lugar, Jesús parte el pan con los dos compañeros. El lenguaje de este momento recuerda al de la multiplicación de los panes y al de la Última Cena con los discípulos. La experiencia del pan precipita el reconocimiento. Este no es el resultado de una búsqueda intelectual o existencial, sino que es don de Dios, una autorrevelación por la cual Dios cumple las promesas hechas a lo largo de los siglos al pueblo de la alianza.

JOAN FERRER

1 lectura: Hechos de los Apóstoles 2,14a.36-41 Dios lo ha constituido Señor y Mesías.

Este fragmento contiene la introducción y la conclusión del sermón de Pedro del día de Pentecostés.

El primer anuncio no habla directamente de la resurrección, aunque claramente tiene en mente el acontecimiento pascual. Es debido a la resurrección que podemos afirmar que el maestro de Nazaret crucificado no es otra víctima de una justicia perversa. Él es «Señor y Mesías»: es la expresión absolutamente única del amor y de la presencia de Dios. El hecho de Pascua y las consecuencias que de este derivan son la obra de Dios.

La referencia a Jesús como Señor (*Kyrios* en griego) es una afirmación de su divinidad: es la forma como la Biblia griega –la que utilizaban las primeras comunidades cristianas– traduce el nombre inefable del Dios de Israel. La confesión

de que Jesús es Señor es el resultado de la acción del Espíritu de Dios.

Cristo o Mesías es el ungido de Dios que ha de ocupar el trono de David. Así, decir que Jesús es «Señor y Mesías» es afirmar que el crucificado, que ha resucitado, es Dios y el portador del Reino de Dios.

La respuesta del mensaje de Pedro sobre el núcleo del evangelio es formidable. La audiencia es invitada a convertirse. Esta conversión es claramente cristológica: ha de llevar a la confesión de la divinidad y del mesianismo de Jesús.

La segunda instrucción es que se han de bautizar en nombre de Jesús. Aquí el bautismo no es solo un acto litúrgico, sino que es la acción de abrirse a la presencia del Espíritu de Dios en cada uno.

2 lectura: 1 Pedro 2,20b-25 Habéis vuelto al pastor de vuestras vidas.

El contexto inmediato nos indica que esta lectura iba dirigida a un grupo de personas que eran esclavas. La exhortación, que podría parecer inocua, de que los creyentes han de seguir el ejemplo de Cristo de sufrimiento y paciencia, cobra un tono completamente nuevo cuando somos conscientes de que esto se dice a unos esclavos domésticos. La primera carta de Pedro pone un énfasis especial en la casa de Dios. Todos los

creyentes forman parte de la nueva casa de Dios, que ofrece protección ante un mundo amenazador, y solidaridad entre todos los miembros. Los esclavos ocupan un lugar importante en esta casa.

En realidad, en el pensamiento de 1 Pedro, todos los creyentes son esclavos por el hecho de que pertenecen a Dios y a la nueva casa creada por el Evangelio de Jesucristo. En esta nueva casa no hay amos o propietarios, porque todos

son esclavos. Todos los creyentes, pues, pueden sufrir injustamente y pueden soportar este sufrimiento porque saben que con ello siguen a Cristo. El ejemplo de Jesús es un modelo para todos los creyentes. Los esclavos, en 1 Pedro, ocupan el primer lugar en la admonición,

3lectura: Juan 10,1-10 Yo soy la puerta de las ovejas.

Las Sagradas Escrituras contienen muchos ejemplos que hablan del pastor y de las ovejas (salmo 23; Ezequiel 34; Números 27,15-17). La imagen del evangelio de hoy, que nos presenta a Jesús como buen pastor que da la vida por sus ovejas, tiene una fuerza imponente como expresión de su amor para con la Iglesia.

El pasaje de hoy se compone de dos secciones. En la primera se establece un vivo contraste entre ladrones y bandidos –que intentan dominar el rebaño– y el buen pastor. Hay que reconocer que el autor del Evangelio según Juan debía aludir a algunos grupos que consideraba como auténticos malhechores. Seguramente debían ser personas que querían sacar un beneficio personal: «robar, matar y hacer estrago». El rebaño –la Iglesia– siempre debe haber sido un objetivo fácil para la explotación.

Lo que caracteriza al pastor verdadero –Jesús– es la relación personal intensa que ha establecido con el rebaño. El pastor lo escucha, y conoce el nombre de cada oveja.

De manera sorprendente, sin embargo, parece que se mantiene la posibilidad de que, en momentos de incertidumbre

porque su sumisión involuntaria a los amos humanos ha sido transformada en una sumisión paradigmática a Dios, que es el único Señor de la nueva casa. Cristo, Siervo Sufriente, que asumió el sufrimiento, es el modelo a seguir.

o perplejidad, las ovejas puedan confundir las voces y seguir a los ladrones y bandidos en lugar de al buen pastor. El evangelio, no obstante, asegura que «las ovejas conocen su voz». Aun con las confusiones, las ovejas pueden seguir la única voz en la que se puede confiar.

En la segunda sección, la imagen cambia y se centra en Jesús como puerta del redil. El texto contiene una advertencia contra los ladrones y bandidos que aparecen ante la puerta, a los que las ovejas no hacen caso. A continuación el evangelio contiene una invitación de salvación, alimento y vida abundante para todos los que pasen por la puerta de Jesús.

«Yo soy la puerta» pone énfasis en Jesús como camino exclusivo que lleva a la vida eterna. La comunidad de Juan no veía esperanza en nadie más que no fuera el Buen Pastor, cuya voz habían llegado a conocer. El texto es una oferta de coraje: no hay amenaza de división entre ovejas buenas y ovejas malas; no hay ningún indicio de que los ladrones y bandoleros consigan destruir parte del rebaño, porque ellos son «sus ovejas».

JOAN FERRER

1 lectura: Hechos de los Apóstoles 6,1-7

Eligieron a siete hombres llenos de espíritu.

La palabra del Evangelio es una fuerza poderosa que se disemina con una vitalidad increíble en los primeros tiempos de la vida de la Iglesia, la comunidad reunida por el Espíritu de Dios alrededor del Señor Jesús resucitado.

Surgen, sin embargo, problemas que son inherentes a la condición humana. Aquí la causa es de tipo cultural: los inmigrantes de lengua griega se sienten discriminados respecto de los nativos de lengua aramea. Los apóstoles entienden que la causa prioritaria a la que han de dedicar sus esfuerzos es la Palabra –la proclamación del evangelio de Jesús resucitado– y la oración –el

diálogo confiado con Dios que ha de proclamar su gloria y cantar sus alabanzas–. El servicio a los necesitados, no obstante, también es importante y no puede ser desatendido. Por esto instituyen un ministerio dedicado específicamente al servicio. Ha de ser confiado a «hombres de buena fama, llenos de espíritu y de sabiduría». Los apóstoles les confieren el ministerio por la oración y la imposición de las manos. La Iglesia va descubriendo su forma, y los ministerios que la constituyen, a base de resolver los problemas que se le presentan en el corazón de su historia.

2 lectura: 1 Pedro 2,4-9

Vosotros sois una raza elegida, un sacerdocio real.

Este fragmento de la primera carta de Pedro sirve para introducir lo que podemos denominar «la casa de Dios»: «templo del Espíritu» o «casa del Espíritu», que en 1Pe 4,17 recibirá el nombre de «casa de Dios».

El texto empieza hablando del Señor con la metáfora de «la piedra viva», que lleva a hacer de los creyentes «piedras vivas», con las que Dios mismo construirá el «templo del Espíritu». Después viene una serie de citas bíblicas y de comentarios intercalados del autor de 1Pe.

Al entender a Jesús como la «piedra

viva», los creyentes también se pueden ver ellos mismos como «piedras vivas» que pasan a formar, por la obra de Dios, un «templo» o una «casa espiritual». De nuevo, como Jesús, estas piedras serán rechazadas por los no creyentes y por el mundo, pero serán reivindicadas por Dios. La fe crea *una* comunidad de creyentes: «Una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios».

Los destinatarios originales de 1Pe eran un conjunto de personas muy desfavorecidas socialmente. La afirmación del autor, teniendo en cuenta este hecho, es impresionante: en Cristo, Dios crea

un nuevo lugar para los que no tienen ninguno.

Esta casa o «templo del Espíritu» no solo existe para las necesidades de sus miembros, sino que es una casa que tiene por cabeza a Dios y por piedra angular a Jesucristo. Los creyentes, en esta casa, formando unidad, se pertenecen unos a otros, aunque también pertenecen a Dios. Dios construye la casa, le pone la piedra angular –la que

es fundamental, en la base de los cimientos– y la casa es conocida en virtud de esta parte esencial. Esta casa ha venido a la existencia exclusivamente en virtud de la gracia de Dios.

Los creyentes, porque forman parte de esta casa, que tiene como piedra angular a Cristo, han alcanzado una nueva consideración: «Escogida y preciosa: el que crea en ella no quedará defraudado».

3lectura: Juan 14,1-12

Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.

Este pasaje del evangelio forma parte del discurso de despedida de Jesús en el Evangelio, según san Juan. Jesús habla a sus discípulos sobre la vida después de la muerte.

En primer lugar les promete una existencia permanente en su compañía. Jesús habla de un «sitio», «la casa de mi Padre». Se trata de «vivir» con Cristo como hecho fundamental de la existencia cristiana. Lo que caracteriza a este «sitio» es la seguridad de la presencia divina: «Para que donde estoy yo, estéis también vosotros».

Esta manera de hablar –ir a preparar sitio en la casa del Padre– conduce a la certeza de que Jesús es el camino exclusivo que lleva al Padre. Conocer a Jesús es conocer al Padre; ver a Jesús es ver al Padre. Nos encontramos en el corazón de la cristología del Evangelio según Juan, y entender esto –parece que ni Tomás ni Felipe lo hayan comprendido después de tanto tiempo de

estar con Jesús– no es fácil. El Evangelio, ante nuestros corazones trastornados al constatar que aún «no me conoces», nos ofrece una palabra de consuelo: «Que no tiemble vuestro corazón; creed en Dios y creed también en mí». Jesús nos conforta a pesar de nuestra incomprensión y nos ofrece la vida, que es él mismo.

La triple autorrevelación de Jesús: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» nos muestra que Jesús es el mediador personal de la salvación –el camino– a través de su revelación divina –la verdad– que conduce a la vida con Dios, que Jesús ya posee. Jesús es, a la vez, camino y destino.

Las obras de Jesús atestiguan la irrupción de Dios en la historia. Y la Iglesia, unida a Jesús, seguirá haciendo las obras de Jesús, que son ofrecer salvación, consuelo y libertad.

JOAN FERRER

1 lectura: Hechos de los Apóstoles 8,5-8.14-17

Les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo.

El fragmento que proclamamos hoy del libro de los Hechos de los Apóstoles nos muestra la misión que Felipe emprende en la región de Samaria. Recordemos que los samaritanos eran menospreciados por los judíos, pero que aparecen con tonos muy positivos en los relatos evangélicos (la parábola del buen samaritano o el diálogo de Jesús con la mujer samaritana). Lo que los dos discípulos de Emaús usan para explicar quién es Jesús al desconocido que hace camino con ellos –«Jesús de Nazaret, un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo» (Lc 24,19)– es lo que distingue la tarea evangelizadora de Felipe: «El gentío escuchaba con aprobación... porque habían oído hablar de los signos que hacía, y los estaban vien-

do». La proclamación del Evangelio de Jesús trae salvación –«se curaban»– y alegría a la gente.

Los apóstoles residentes en Jerusalén envían a dos representantes –Pedro y Juan– para que confirmen que el Espíritu de Dios ha actuado efectivamente en Samaria. Allí imponen las manos a los samaritanos para mostrar, con un signo, que el Espíritu es el sello que confirma el bautismo en el nombre de Jesús. En la historia de la Iglesia este rito se convertirá en sacramento de la confirmación, aunque aquí es visto como un Pentecostés en miniatura que sella la fundación de la Iglesia de Samaria ya que el Espíritu, promesa de Jesús, es el alma de la comunidad mesiánica que es la Iglesia.

2 lectura: 1 Pedro 3,15-18

Lo mataron; pero, como poseía el Espíritu, fue devuelto a la vida.

La comunidad cristiana que está detrás de la primera carta de Pedro es, con toda certeza, un grupo de personas esclavas que son completamente marginales, tanto desde el punto de vista social como económico, en el mundo en que vivían. Esta gente, sin embargo, es exhortada a «dar razón» sobre la «esperanza» que llena sus vidas.

La comunidad cristiana sufre aunque obre bien. Esto la asemeja a su Señor, que muere «para conducirnos a Dios». La pasión de Cristo ha obtenido la victo-

ria sobre el pecado y sobre la injusticia y ha ganado el don del retorno a Dios y de la vida en el Espíritu.

El testimonio de Jesús ha de llevar a la Iglesia y a cada cristiano a dar testimonio universal con dulzura, abierto y tolerante, sincero, luminoso e ilimitadamente generoso, del don recibido que nos ha concedido Cristo como Señor, a fin de que lo podamos reverenciar. La certidumbre de que «lo mataron, pero, como poseía el Espíritu, fue devuelto a la vida» ya llena de sentido nuestras vidas.

3lectura: Juan 14,15-21

Yo le pediré al Padre que os dé otro defensor.

Los discípulos están con Jesús en la mesa y escuchan sus palabras de despedida. Están desconcertados: ¿qué han de pensar ante la predicción de Jesús sobre su propia muerte, y de que un discípulo lo traicionará y otro lo negará? El tono de las palabras de Jesús es para infundir confianza y coraje. Hay que remarcar que Jesús no analiza la posición de debilidad de la comunidad de discípulos, sino que les promete la permanencia de la presencia divina.

El pasaje empieza y acaba estableciendo la correlación existente entre amor y obediencia. La relación entre los discípulos y el Maestro no ha de ser de simple sentimentalismo ni de nostalgia sobre lo maravillosas que eran las cosas cuando Jesús estaba con ellos. El amor se expresa en obediencia, en el hecho de guardar las palabras de Jesús. Los discípulos han recibido una enseñanza muy clara en el lavatorio de los pies y en el mandamiento del amor unos a otros. Ignorar o desobedecer esto es una falta de amor.

Esta demanda de obediencia es liberada del legalismo por la promesa de la presencia divina de estar con aquellos que aman a Jesús y obedecen su palabra. Hay que tener en cuenta, no obstante, que Jesús quiere dar coraje a los corazones abatidos, y no angustiar a los discípulos con la duda de si han amado u obedecido de manera suficiente. Aquellos sobre los cuales viene

el Espíritu viven en amor y obediencia, y los que viven en amor y obediencia son personas en las que habita el Espíritu.

El lenguaje sobre la presencia divina expresa la venida del Defensor, que viene de Jesús resucitado: después de su retorno al Padre, Jesús permanece en comunión con sus discípulos a través de la presencia del Defensor.

El pasaje hace dos precisiones: el mundo no conoce ni reconoce la presencia divina, mientras que los discípulos la conocen y la reconocen. Existe una diferencia profunda entre el mundo y los discípulos, y estos han de entender exactamente la naturaleza de esta diferencia. Lo que los discípulos valoran, lo que los sostiene y liga sus vidas, lo que los preserva de ser huérfanos es una realidad que el mundo no puede discernir.

La comunidad cristiana no puede esperar que el mundo aprecie o participe de su razón de ser o la fuente de donde mana su fuerza. Lo que guía a la Iglesia es un secreto para el mundo, de manera que la Iglesia no puede esperar que su manera de amar a Jesús y de obedecer sus mandamientos sean necesariamente tenidos en alta estima. Es necesario no olvidar, sin embargo, que el Defensor es un don, no una recompensa que nos hayamos podido ganar.

JOAN FERRER

1 lectura: Hechos de los Apóstoles 1,1-11

Lo vieron levantarse.

En la narración de Lucas de la actividad salvadora de Dios en Jesús (el evangelio) y en el Espíritu Santo (Hechos de los Apóstoles), la historia de la ascensión de Jesús marca el fin de las apariciones a los discípulos después de la resurrección, y el prelude del envío del Espíritu. La ascensión, en la tradición de la Iglesia, se ha convertido en fiesta de la exaltación de Cristo resucitado.

La primera parte del pasaje de hoy es una introducción a todo el libro de los Hechos de los Apóstoles y, por tanto, a la obra del Espíritu de Dios en la vida de la joven Iglesia y, a la vez, al hecho de la ascensión, que es descrito de manera más detallada en la segunda parte del texto. El énfasis fundamental, sin embargo, está en la venida del Espíritu Santo.

El libro empieza con un sumario de los hechos que se han producido a lo largo de los cuarenta días que han seguido a la Pascua, en que el Señor resucitado «se les presentó vivo».

2 lectura: Efesios 1,17-23

Lo sentó a su derecha en el cielo.

La alusión a la ascensión que hay en este fragmento de la carta a los Efesios forma parte de la alabanza a Dios por las acciones que ha hecho Cristo para la humanidad.

El autor formula una oración a Dios

Los seguidores fieles han de permanecer en Jerusalén porque pronto el Espíritu de Dios se les hará presente de una manera nueva. Esta venida está explicada en términos bautismales: «Dentro de pocos días vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo».

Los discípulos están preocupados por las esperanzas, de cariz político, que han depositado en el Mesías sobre la restauración de la monarquía política de la casa de David. Jesús desvía la cuestión y la concentra en el maravilloso despliegue del amor y el poder de Dios que muy pronto contemplarán: nos hallamos en el alba de la era del Espíritu.

Después, Jesús es elevado por encima de los límites de sus sentidos físicos y «dos hombres vestidos de blanco», como los que comparecieron en el sepulcro la mañana de Pascua, los despiertan del estupor en que han caído y les prometen una segunda venida de Jesús.

sobre la sabiduría, revelación y esperanza que la Iglesia necesita ahora que su Señor ha sido exaltado. Todo gira alrededor del poder de Dios: «la extraordinaria grandeza de su poder para nosotros»; este poder es el que obró

en la resurrección de Jesús de entre los muertos y que lo exaltó hasta sentarlo «a su derecha en el cielo».

Cristo se sienta a la derecha de Dios, por encima «de todo principado, potestad, fuerza y dominación», y por encima de todo nombre en este mundo y en el mundo futuro. Todas las realidades ya le están sujetas. «Todo lo puso bajo sus pies».

3lectura. Mateo 28,16-20

Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra.

Este pasaje es la conclusión del evangelio según Mateo. En cierto sentido recapitula toda una serie de elementos que han aparecido a lo largo de la narración evangélica.

Es fácil identificarse con los once discípulos. A la vista de Jesús resucitado lo adoran, tal como habían hecho cuando lo vieron caminar sobre el agua. Esto mismo habían hecho las mujeres cuando se encontraron con Jesús. El texto, sin embargo, hace notar que su adoración se encontraba mezclada con la duda. Su visión no ahuyenta todas las incertidumbres ni todas las preguntas. Los once se mueven entre la adoración y la indecisión, entre la oración y el desconcierto. Pero no por ello los discípulos son excluidos del grupo. De hecho, la gran misión es, precisamente, confiada a estos seguidores que adoran y dudan.

Jesús es el protagonista de esta escena final. Hay que prestar atención a las palabras que dirige a sus discípulos. Jesús

En Éfeso, el triunfo completo de Cristo ya ha ocurrido. La autoridad de la Iglesia se fundamenta en este poder de su Señor. El hecho de que Cristo ya haya triunfado significa que la misma Iglesia —«ella es su cuerpo»— será sostenida por este poder de Dios. La Iglesia, pues, puede actuar confiadamente porque sabe que es el cuerpo de Cristo; el cuerpo que ha sido exaltado directamente por el propio poder de Dios.

les dice cuál es la premisa fundamental de la gran misión: la autoridad divina. Jesús tiene el derecho de enviar a los discípulos para convertir a todos los pueblos, porque «se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra». Los que han seguido el evangelio hasta aquí esto ya lo han oído muchas veces. Aquí simplemente nos es recordado.

Esta referencia a la autoridad —que es poder— es especialmente bienvenida aquí, cuando se confía a los discípulos una misión tan difícil. Los discípulos son provistos con las credenciales para la misión, pero también con la fuerza necesaria para llevarla a cabo: es un poder que ellos ya han visto en acción, y que ciertamente supera todo lo que alguien haya podido soñar. La misión confiada, pues, no se encuentra amenazada por la debilidad de los enviados ni limitada por sus incertidumbres.

JOAN FERRER

1 lectura: Hechos de los Apóstoles 2,1-11

Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar.

Nos hallamos ante la narración de una vida nueva: imprevista, sorprendente e irresistible. La historia la explica remarcando que se trata de una realidad prodigiosa: un ruido del cielo como un viento recio, un fuego que baja del cielo, un lenguaje transformado...

No es accidental que el nacimiento de la Iglesia, esta gran cosecha de personas, ocurra en esta fecha. En el Antiguo Testamento, Pentecostés señalaba el final de las cosechas de primavera. Los israelitas fieles alababan a Dios y le pedían su gracia y su generosidad.

En la ascensión de Jesús se promete por dos veces la venida del Espíritu. Aquí esta promesa llega a cumplimiento de una manera que supera las expectativas

de los discípulos más fieles. Pentecostés es vida nueva para la Iglesia y para las personas que la forman a través del Espíritu de Dios.

Nadie es excluido de esta muestra de la gracia de Dios. En la Transfiguración, por ejemplo, solo un pequeño grupo había sido testigo de la manifestación de Dios, pero aquí nadie queda al margen. Y un momento más tarde, la multitud «quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma», y la gente provenía de todo el mundo de la diáspora grecorromana. Lo que ocurre durante Pentecostés no es una experiencia mística interior, sino un estallido del poder de Dios que toca a cada persona que está presente.

2 lectura: 1 Corintios 12,3b-7.12-13

Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu.

El don del Espíritu a la Iglesia no fue un acontecimiento puntual de una sola vez. El pasaje de la primera carta de Pablo a los Corintios así lo manifiesta. El fragmento forma parte de una discusión más larga sobre la oración en la Iglesia. Lo que dice Pablo en este contexto sobre la Iglesia pertenece a la vida comunitaria de los creyentes. Pablo no acostumbra a hablar del Espíritu en relación con la fe privada de cada persona.

Los corintios parece que se sentían muy orgullosos de su superioridad espiri-

tual, que se manifestaba en el hecho de hablar en lenguajes extraños o en hacer profecías difícilmente comprensibles. Pablo tiene una perspectiva muy diferente. Empieza hablando del don espiritual de la fe, que permite confesar que «Jesús es Señor». Para Pablo cualquier don viene del Espíritu y es un don, no un triunfo personal del creyente. Los dones hablan más del Dador que del receptor. Pablo insiste en el hecho de que los dones espirituales son muy variados y que cada

uno de estos tiene su lugar y sentido en la comunidad cristiana. En Corinto esta diversidad se había convertido en una jerarquía en la que los dones más espectaculares triunfaban sobre los que parecían más ordinarios. Pablo remarca que *todos* los dones espirituales pro-

vienen de Dios y que nadie los recibe todos: «En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común». Los dones son distribuidos según el plan del mismo Espíritu de Dios para hacer viva y dinámica a cada comunidad cristiana.

3lectura: Juan 20,19-23 Recibid el Espíritu Santo.

El evangelio según Juan nos presenta una secuencia de los hechos de Pascua que tiene una perspectiva diferente a la del evangelio según Lucas.

María ha ido la madrugada del domingo al sepulcro. Ve la piedra de la tumba removida y va corriendo a encontrar a los discípulos. Estos comprueban que todo lo que les ha dicho María es verdad y vuelven a casa. María se queda sola en el sepulcro, preocupada por el cuerpo muerto de Jesús que no está donde lo habían puesto. Allí encuentra a alguien, que ella piensa que es el hortelano, y se le dirige. Pero no es capaz de reconocer al Resucitado hasta que este pronuncia su nombre, «María». Jesús le dice: «Subo a mi padre». En Juan, la perspectiva de la resurrección se funde con la de la ascensión. Inmediatamente después del anuncio de María a los otros discípulos que «He visto al Señor», acontecen los hechos del pasaje que hoy proclamamos.

Esta escena es la forma joánica de presentar el nacimiento de la Iglesia en una síntesis de Pascua-Ascensión-Pentecostés, de gran fuerza teológica.

Hay una comunidad de discípulos, que tiene miedo. Los hechos del Viernes Santo han mostrado que la situación era muy peligrosa: Jesús ha muerto como un malhechor. Jesús resucitado no es un cadáver que tenga que cobrar vida de nuevo; las puertas y las paredes no son ningún obstáculo para el Resucitado. La presencia del Resucitado activa el don de la «paz», que era un signo prometido para los tiempos mesiánicos (Isaías 9,5; 11). El Resucitado muestra su identidad con el Crucificado, que ha muerto siendo fiel a la misión que Dios le había confiado. Su presencia causa la alegría de los tiempos mesiánicos definitivos, que es el tiempo de Pascua, y confiere una misión: anunciar la obra del Padre. Para poder realizarla es necesario el don del Espíritu, fuerza de Dios que transforma la vida humana.

Como Jesús, que ha sido el portador del Espíritu y ha perdonado los pecados, ahora también la Iglesia es portadora del Espíritu y también declara el perdón de los pecados. La comunidad cristiana, que nace de la fuerza del Espíritu, tiene su modelo y mandato en Jesús.

JOAN FERRER